

Un viaje en tren

Tras colocar las maletas, me acomodé. Puesto que tenía un par de amigos sentados en otro vagón, me acerqué a ver si había algún asiento libre junto a ellos y, efectivamente, los asientos de enfrente lo estaban. Aproveché para sentarme y pasé un par horas charlando con ellos. Al llegar a la siguiente parada me levanté y me eché a un lado para ver si alguno de los nuevos pasajeros se apropiaba del asiento que yo había tomado prestado anteriormente. Entró muchísima gente y ocuparon el asiento así que volví al mío. Cuando llegué a él, había una mujer sentada, manteniendo una conversación con otra chica más joven, probablemente su hija. No vi ningún otro asiento libre cerca así que, a mi pesar, tuve que interactuar con ella para decirle que estaba ocupando mi sitio. Con una sonrisa, la mujer me pidió perdón, se levantó y se acercó a un hombre que tenía sentado a la izquierda para decirle que ahora era él quien ocupaba su asiento. El hombre se puso de pie, cogió su maleta y avanzó aproximadamente diez filas de asientos para decirle a una anciana que lo sentía, pero que tenía que volver a su sitio. La anciana se intercambió, dos filas detrás de mí, por una chica con vestido, que hizo lo propio con un joven en el último asiento del siguiente vagón. El joven se aproximó a un hombre, le dijo algo y este se levantó y se acercó al carrito de un bebé que había unos metros más adelante. Elevó al bebé, lo dejó en el suelo y se tumbó en el carro. Tras esto el bebé gateó hacia el asiento seis donde había sentada una adolescente de pelo castaño que, amablemente, le devolvió su asiento. La joven se acercó a decirle algo al

revisor del tren y este el dio su gorra, la máquina de picar los billetes y se dirigió al vagón número cuatro. Allí, vi a otras tantas personas, andando de aquí para allá, hasta que uno de ellos caminó hasta el primer vagón, llamó a la puerta de la cabina y se intercambió por el maquinista. Este cogió una caja de herramientas, salió del tren y, todavía en marcha, desconectó el motor y se encajó en el hueco que este ocupaba previamente. El motor, de una forma inexplicable, tomó el lugar del sonido, que entró al tren y se intercambió por el aire. Olía altísimo. Y así, tras un viaje por múltiples dimensiones, el último tesseracto, de la última de las galaxias, en el último de los universos tomó el lugar de una paloma. Y se fue volando.